



*La isla del
naranjo
asombroso*





Dirección editorial: Ana Laura Delgado
Corrección de estilo: Sonia Zenteno
Asistencia editorial: Rocío Aguilar Chavira
Diseño y formación: Raquel Sánchez

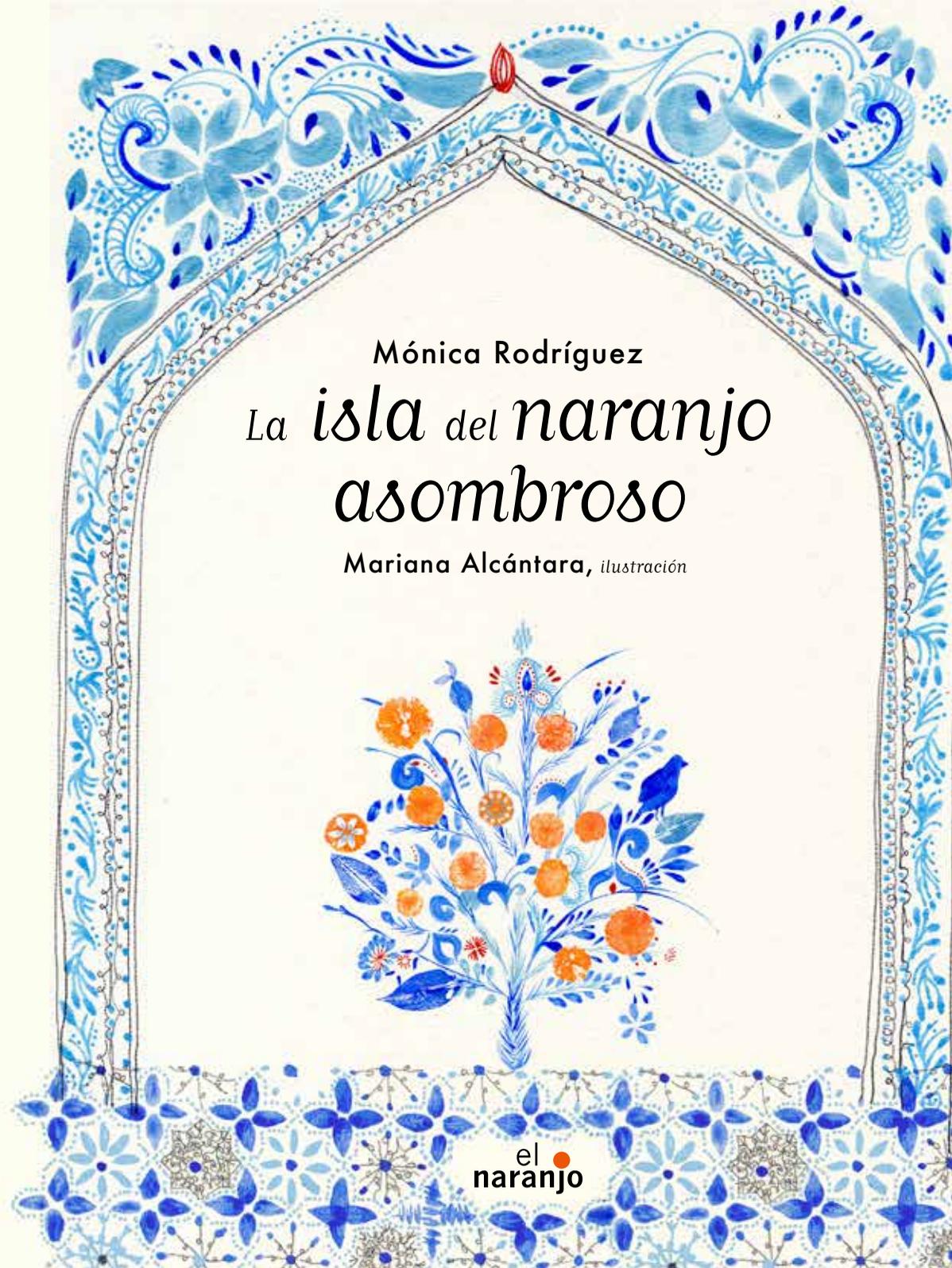
© 2019. Mónica Rodríguez, por el texto
© 2019. Mariana Alcántara, por las ilustraciones

Primera edición, octubre de 2019
D. R. © 2019. Ediciones El Naranja, S. A. de C. V.
Avenida México 570,
Col. San Jerónimo Aculco,
C. P. 10400, Ciudad de México.
Tel. +52 (55) 5652 1974
elnaranja@edicioneselnaranja.com.mx
www.edicioneselnaranja.com.mx

ISBN: 978-607-8442-77-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización escrita de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso en México / *Printed in Mexico*



Mónica Rodríguez
La isla del naranjo
asombroso

Mariana Alcántara, *ilustración*



el
naranja



El naranjo de don Aurelio

Nadie sabía por qué Miranda, siendo pelirroja, no era propietaria de aquel naranjo. El árbol se levantaba en medio de la isla como un gigante repleto de flores o frutas. Decían que una sola naranja bastaba para alimentar a veinte soldados, pero esto era mucho decir. Nada había alrededor del árbol, salvo una llanura seca y un molino. El molino estaba a la izquierda del naranjo. Miranda, además de pelirroja era zurda, así que también podía haber sido dueña del molino, pero no lo era. A pesar de ello, estaba llena de pecas como minúsculos pájaros en sus mejillas, idénticos a los que sobrevolaban el molino.

El árbol cuyos frutos tenían el color de los rizos de Miranda pertenecía, por raro que parezca, a don Aurelio. Se lo había dejado en herencia su abuela doña Angustias Altamira, morena a rabiar. Don Aurelio tenía bigote, el naranjo y una motocicleta. Todo el mundo envidiaba a aquel hombre que, con todo, era obstinado, parco, enjuto y malhadado. Tenía un carácter agrio.

Y eso a pesar de que las naranjas de aquel naranjo eran bien dulces. Pero él jamás las comía. Solo una vez probó el pellejo de una que se le quedó atravesado en la garganta durante semanas. Fue entonces cuando empezó a hablar con la voz engolada, mostrando el colmillo derecho, en un gesto que acabarían por imitar sus subordinados.

Cada día don Aurelio se subía a la motocicleta e iba a visitar el naranjo. Su muñeca, embuchada en un reloj de oro, giraba en el acelerador y el tubo de escape retumbaba. El ruido y las nubes de humo incordiaban a la naturaleza y, por tanto, a nuestro árbol. Pero a don Aurelio lo tenía sin cuidado la naturaleza. Solo se preocupaba del naranjo y sin excesos. Al fin y al cabo, ser dueño de aquel cítrico le daba riqueza y poder, pero también muchos quebraderos de cabeza. Toda la isla dependía de él. El ejército se alimentaba de naranjas. Los jóvenes del pueblo se casaban con sus flores de azahar. En los bautizos se bebían zumos y también en los entierros. Los betacarotenos y la luteína de aquellas naranjas se empleaban en farmacia. Su jugo favorecía la libido de los amantes y protegía a los fetos. La piel aliviaba las varices y las hemorroides. Por no hablar de las hojas y de los tallos que tenían muchas otras propiedades. Ejército, Iglesia, gobierno y pueblo no podían vivir sin las naranjas del asombroso árbol de don Aurelio. Y, por tanto, don Aurelio no podía vivir sin su árbol.

Cada día, aparcaba la motocicleta en la sombra derecha del árbol y lo inspeccionaba con atención. Un día oyó que las

plantas crecían mejor si escuchaban música. Desde entonces llevaba consigo un pequeño magnetófono. Pensó que los tangos le podrían dar ese toque de amargor que las naranjas, en exceso dulces, necesitaban para redondear su gusto. Se quedaba frente al árbol veintitrés rigurosos minutos, contados por el reloj de oro, llevando el ritmo con la puntera del pie derecho. Después, apagaba el aparato y se alejaba, tenso, meneando la cabeza con un “no sé, no sé” en el borde del bigote. Dentro del naranjo vivía un lagarto, pero esto nadie lo sabía. El lagarto habría preferido música medieval, sin lugar a dudas. Al naranjo le daba un poco lo mismo.

Cuando don Aurelio se marchaba de su rigurosa inspección, Miranda asomaba por detrás del molino y se sentaba a los pies del naranjo. El sol encendía el cobre de su pelo. Aquella lumbre y los rizos semejantes a toronjas la hermanaban de tal modo con el árbol que parecía que se había caído de su copa. A Miranda le encantaba sentarse allí, oler el azahar y pensar en el mar. No sin razón tenía los ojos verdeagua y había nadado cientos de veces en un arroyuelo que iba a dar a un río que iba a dar a la mar.

A veces decía:

—¡Ay, si yo pudiera ver el mar!

Y sus ojos semejaban el océano que rodeaba los acantilados de la isla. Pero Miranda nunca había visto el mar y estaba decidida a no verlo nunca. Se lo había prometido una y cien veces a su abuelo Felisardo, que vivía enfundado en la cama

desde que se quedara flaco como su cayado. La casa de Miranda y del abuelo estaba cerca del molino. Por las tardes, el viento dulce del naranjo llegaba hasta ella y al abuelo Felisardo le sonreían los ojos. Miranda besaba al anciano y esperaba a que don Aurelio, subido en su motocicleta, se perdiera sendero abajo. Silenciado el valle, la nieta de Felisardo corría a sentarse bajo la sombra del asombroso árbol.

Un día le cayó una naranja a los pies y se puso muy contenta. Abrazó la fruta que medía, puestos a exagerar, lo que la rueda de un molino y decidió llevársela a su casa. Esto era un pequeño hurto, porque la naranja pertenecía a don Aurelio. Pero Miranda, poniendo el dedo entre los labios, susurró:

—Sshh. Que no se entere nadie.

No necesitaba hacerlo. Allí no había nadie a excepción del árbol y del lagarto que no pensaban contarle.

Miranda se llevó la naranja en el ruedo de su falda y amarró las puntas para sostenerla; sentía que se llevaba un tesoro. Y esto era verdad. Mucho más de lo que se imaginaba, porque aquella era la única naranja del árbol de don Aurelio que tenía una pepita de oro. Sin embargo, este hecho feliz fue, por contradictorio que resulte, el comienzo de su desgracia.



La pepita y el Lazarillo

Es bien sabido que desde que don Aurelio vendía sus naranjas al ejército, la isla estaba más en paz que nunca. No es que antes no lo hubiera estado, pero los soldados tenían en ocasiones comportamientos feroces, tal vez a causa de vestir aquellos uniformes y portar aquellas armas. Sin embargo, desde que almorzaban las naranjas de don Aurelio, su espíritu se dulcificó de tal modo que andaban por la isla de dos en dos, admirando la flora, conversando con los niños o cantando a varias voces fragmentos de *Rigoletto*, la ópera preferida de Verdi.

Es cierto que la isla no tenía enemigos y que se hallaba rodeada de un mar inmenso. En el *Libro de la memoria*, que guarda todos los acontecimientos de la isla, se cuenta tan solo de una incursión extranjera: un barco de vela con veintitrés hombres de tripulación. El barco arribó a la isla, descendieron sus hombres y, en menos de media hora, volvieron a subir sin Genovevo, el paje de escoba del velero, pelirrojo como el



carbón en brasa y con la voz y la cabeza llena de pájaros. El libro no menciona nada de lo acontecido en aquella escasa media hora, pero sí relata las peripecias de Genovevo, único extranjero de la isla, que dejó una descendencia de pelirrojos de la que procede nuestra protagonista Miranda.

Por la época en la que Genovevo llegó a la isla no había naranjos, los hombres y las mujeres podían casarse sin azahar y las almorranas se curaban con manzanilla, marrubio o cola de caballo. Fue el mismísimo Genovevo el que trajo consigo una bolsa de pepitas de naranja, que dejó en herencia a su nieta Dulce Nombre de María, pues el resto de la familia renunció a ella por considerar el legado escaso y sin utilidad alguna. Dulce Nombre era, además, pelirroja como su abuelo y tenía la cara llena de pecas que bien podían haber sido pepitas de naranjas, pero que no lo eran.

Dice el *Libro de la memoria* que el día veintiuno de marzo del año en que Dulce Nombre cumplió las veintiocho primaveras, después de quedar preñada del joven Ataulfo, vecino de la familia, se le cayó una pepita de la bolsa que siempre llevaba amarrada a la cintura. Como la tierra donde se habían amado andaba revuelta del encuentro, la pepita fue a caer a un hoyo. Dulce Nombre de María y Ataulfo, con el carbón de las mejillas palpitando tras los tizones del amor, se levantaron para darse un último beso. Fue entonces cuando Ataulfo, en un arranque de energía, aupó en brazos a Dulce Nombre y la muchacha, al alzar el pie izquierdo, removió la tierra con la puntera y la echó